

FIESTA DE TODOS LOS SANTOS

“Sabemos que, cuando él se manifieste, seremos semejantes a él, porque lo veremos tal cual es” (1Jn 3,2). Esto supone dejarse transformar por el Espíritu. “Tan solo poseemos a Dios convirtiéndonos en Él, tan solo lo conquistamos asemejándonos a Él”. La transformación es, por tanto, la clave de posesión amorosa. El amante debe convertir al amado en el amor. La criatura goza del Creador en la medida que se deja transfigurar por la luz, perdiéndose en ella. La única forma de adentrarse en este misterio es recorrer el camino de la humildad.

El único camino a recorrer, en este sentido, es el camino de las Bienaventuranzas: Bienaventurados los pobres en el espíritu, los mansos, los que lloran, los que tienen hambre y sed de la justicia, los misericordiosos, los limpios de corazón, los que trabajan por la paz, los perseguidos, los insultados y calumniados de cualquier modo por mi causa.

Es el camino del vaciamiento de uno mismo. Es hacer espacio, amar la humildad; caminar en santidad. Tan solo encontramos a Dios en la medida en que nos perdemos. Jesús se despojó de sí mismo para amarnos y dejarse amar por nosotros.

Vacíate de ti mismo. No es una práctica ascética, es el espacio místico del cristiano. Es en la contemplación del dulce Señor Jesús donde surge el deseo de ser como él, de acompañarlo en su *kénosis*, en su ser despreciado a los ojos del mundo. Dios nos encuentra a condición de que nos perdamos. Perderse es dejar nuestras seguridades. No se nos pide que nos volvamos buenos, sino pobres.

No somos nada, pero nos creemos el centro del mundo. Hemos olvidado las limitaciones, la fragilidad, la precariedad de la vida terrenal. “En casa de mi padre tienen pan en abundancia” (Lc 15, 17). Estamos insatisfechos de la propia existencia, nos tienta el querer desandar el camino. Nuestras ideas sueñan con levantarse

para llegar a ser buenas y virtuosas (¡no santas!). No queremos ser transformados por las Bienaventuranzas por dentro, sino pequeños retoques, que son más asequibles. En la mediocridad, parece que se vive tranquilo, pero no en paz. No se puede confundir jamás el amor con el deseo, con el afecto, con el hábito ni con el apego. El narcisismo, el amor a la propia imagen, siguen muy arraigados. Estoy llamado a vivir las Bienaventuranzas, Cristo mismo; y, soy consciente de ello. Es el gusto de las cosas del Señor. Es el paso de la mentalidad mundana a la evangélica. La santidad no es cuestión de suerte; la santidad es una elección. No podemos esperar que se nos sea ofrecida desde el exterior: es necesario vivirla y realizarla en el propio interior. Es como ese rayo de sabiduría divina que irrumpe en la propia persona, transforma el autoconocimiento en un impulso de amor a Dios. Cuando uno mira a su interior se siente arrebatado por el Amor, como si de una fuerza magnética se tratase. El abismo de la pobreza personal llama a las profundidades de una misericordia insondable y miro el pecado personal como una “feliz culpa” que ha permitido encontrarse con la profunda misericordia del Padre. Así, reducido a la nada por el Amor, el presbítero, como Pedro en el lago ante el Resucitado exclama: “Señor, tú lo sabes todo; tú sabes que te amo” (Jn 21,17). Sois santos en potencia, esforzaos en serlo en realidad: “El reino de Dios está dentro de vosotros”.

La santidad es la paradoja de amar a Dios, a veces incluso, sin saberlo, porque el amor con que lo amamos no es nuestro, sino suyo. El hombre viejo, crucificado y reducido a la nada, ha dado paso al hombre nuevo modelado por el Espíritu y la Palabra. Cristo vive en mí (Gal 2, 20) y en mí ama al Padre sin que yo me dé cuenta. Es la mística de lo ordinario. Solo en Dios se siente y conoce uno a sí mismo. Es la finalidad de la *kénosis*, del vaciamiento de sí, es el amor y solo el amor. Su objetivo es ser encontrado por el Señor en el Espíritu lo cual lleva a experimentar una fecundidad sin límites: El ser santos como Él es santo.